

**Eugenia Dalmau**



**EL PECADO QUE MATÓ A  
CAROLINA MARTÍN**

EL PECADO  
QUE MATÓ A  
CAROLINA  
MARTÍN

EUGENIA DALMAU MARTÍNEZ

*Todos los personajes de esta novela son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.*

© Eugenia Dalmau. 2017

Imagen de cubierta:

©Blanca Martínez Delgado.

*El paso de la tentación.* Acuarela 30x18cm. 2017

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la escritora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a [www.eugeniadalmau.es](http://www.eugeniadalmau.es) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Natalia, Martina y Pompeyo.  
Y para mis padres.

Prólogo

Primavera de 2017

## SEIS MESES DESPUÉS DE ENCONTRAR EL CADÁVER

Desde que el escándalo estalló y saltó a los medios de comunicación, mi vida se ha convertido en una pesadilla. Todavía me pongo tenso al doblar cualquier esquina, temo que algún avisado esté ahí, esperando, dispuesto a abordarme. Pero lo peor ha sido el teléfono. Durante el año que llevo viviendo en Madrid nunca había recibido tantas llamadas tan impertinentes y poco interesantes como en los últimos meses; números irreconocibles en la pantalla de mi móvil se han sucedido sin tregua. Cuando aún no estaba acostumbrado al asedio y cual ingenuo corderillo apretaba el botón verde de aceptar, las preguntas golpeaban como puñetazos en mis oídos: «Subinspector Serra, ¿ha sido suicidio o asesinato? ¿Qué cree que pasará ahora? ¡Por favor, Manuel, no cuelgue!» Las primeras veces, antes de cortar la comunicación, tenía el detalle de decir tres palabras: «No estoy autorizado». Después, ni eso.

Doy gracias a que cada día que pasa alguno se da por vencido; ya saben que no voy a contestar. Pero no debo bajar la guardia porque los periodistas siempre están al acecho y el caso de Carolina Martín, que entre el inspector y yo, y por las peculiaridades de los sospechosos, hemos coincidido en llamar: «El caso de los pecados capitales», ha sido uno de los más jugosos y que más interés ha despertado en los últimos tiempos. Conseguir la exclusiva, relatando los detalles más escabrosos suministrados por el subinspector de policía encargado de la investigación, supondría la consagración de

quien lo consiguiera. Pero eso no va a suceder.

Supongo que me asaltan a mí porque, aparentemente, resulto presa fácil: deportivas y cazadora de cuero, estatura media, moreno y sobre todo, joven. Y eso, erróneamente para algunos, equivale a pardillo; pero pueden pensar lo que quieran porque jamás me iría de la lengua. Primero, por mi lealtad al cuerpo al que pertenezco y segundo, porque tras tantos meses impregnándome de Carolina he llegado a sentir algo especial por ella. Nunca había conocido a alguien tan íntimamente y con tanta intensidad. Lo sé todo acerca de esa mujer y eso, sin jamás haberla visto con vida. Me siento tan unido a ella que sería incapaz de traicionarla.

Pero para saber lo que solo unos pocos sabemos, y a muchos les gustaría conocer, habría que empezar por el principio y volver a las navidades pasadas, cuando era un recién llegado en comisaría y no se me pasaba por la cabeza que pudiera trabajar a las órdenes del inspector Jaime Reyes.

26 de diciembre de 2016

1  
JAIME

—Inspector Reyes, «El Súper» le llama a su despacho —le avisó Angelines, la jefa de secretarías del departamento de Homicidios, elevando el tono para hacerse oír entre el griterío de voces que retumbaba en la sala, mientras se acercaba a la mesa del inspector.

Era una amplia habitación rectangular donde cabían sobradamente las diez mesas dispuestas en línea. Estaban separadas por paneles lo suficientemente altos como para no ver al compañero si te encontrabas sentado, pero que permitían atisbar el conjunto de cabezas si te ponías en pie. La del inspector Reyes se encontraba un poco más separada del resto, en una de las esquinas, junto a la ventana. El único biombo con el que contaba eran las inmensas pilas de papeles e informes que bordeaban el perímetro de su mesa.

Jaime Reyes levantó la cabeza y mientras abandonaba su puesto, pude leer sus labios y entender que murmuraba: «¿Qué cojones pasará ahora? Todavía no son las diez de la mañana y no me dejan ni respirar».

Yo estaba pendiente de sus movimientos, Angelines también me había avisado de que el comisario reclamaba mi presencia y tratando de pasar desapercibido, me acerqué a la puerta a esperar mi turno. Me fue imposible no escuchar la conversación.

—Jaime, buenos días, cierra la puerta y siéntate —lo invitó el comisario López—. Necesito que vayas cerca de la Federación

de golf, no está muy lejos de aquí, a la urbanización Los Cerezos. Han encontrado a una mujer muerta en su casa... Y poco más te puedo decir.

—¿Asesinato? ¿Homicidio? —conjeturó— A ver si se trata de una ancianita a quien el Señor ha llamado a su gloria y nuestra brigada pinta un carajo en Los Cerezos —quiso saber el inspector con desgana—. Comisario, estamos a 26 de diciembre, con un frío que pela, y tengo un montón de trabajo atrasado, espero que eso de ir a Los Cerezos no sea una pérdida de tiempo —hizo una pausa y añadió—. De hecho, no he visto un cerezo en Madrid en los 59 años que llevo en este mundo.

—No te quejes que aún es pronto para saberlo y tal vez este sea el caso que estabas esperando —le respondió en tono cordial—. Los agentes que nos acaban de dar el aviso han explicado que ha sido una vecina, a quien parece que le gusta figar, la que les ha dado la voz de alarma. Cuando se han presentado en el domicilio, ya los estaba esperando en el porche de la casa de la víctima. La vecina responde al nombre de Pilar y afirma que la fallecida se llamaba Carolina Martín y que tenía 41 años, aunque parece que tenga muchos menos, según palabras textuales de Pilar, que nos transmiten los policías que han hablado con ella —puntualizó López—. Los nuestros no ven indicios de violencia, a excepción de una lamparita en el suelo —y continuó el comisario—. Por lo demás, todo apunta a un infarto, pero la testigo insiste en que la chica se encontraba muy bien y que a ella le parece muy extraño que haya muerto —y prosiguió—. Acabamos de avisar al juez y va a acudir el médico forense para el levantamiento del cadáver. Date una vuelta por allí a ver si encuentras algo fuera de lo normal, y si es necesario que acudan más agentes para inspeccionar y tomar huellas. Si alguien es bueno para estas cosas, ese eres tú.

—Sí, el mejor y el único que hay por aquí en estas fechas. Está media plantilla de vacaciones —replicó Jaime con voz cansina—. Entonces me voy solo. Fuentes y Gómez han tenido que salir por otro caso.



—No, no —le corrigió el comisario—. Ve con Serra. Estará encantado y así que vaya chupando calle.

—¿Con el novato?! —exclamó el inspector Reyes con voz de asombro— ¿¿Manolito?! Prefiero ir solo comisario, de verdad. Hoy no estoy de humor para responder a todas las preguntitas que se le van a ocurrir por el camino —Le escuché resoplar, pero calló; supuse que Reyes sabía que cuando al comisario se le metía una idea en la cabeza, ni el mismísimo Jesucristo podría quitársela, así que optó por no insistir.

—Jaime, quizá sea una inspección rutinaria y os volvéis enseguida... El chico necesita rodaje y aprender el oficio y, por supuesto, no va a tener mejor maestro que tú —lo aduló—. No olvides que a ti también te tuvieron que aguantar. Además, como tú dices, no hay nadie más. ¡Anda!, llévatelo —Más que una petición fue una orden—. Y mantenme informado si hay alguna novedad.

Como intuí que la conversación se había dado por finalizada, me aparté con rapidez y para disimular mi impaciencia me puse a charlar con un compañero. Así pude observar como el inspector, con cara de fastidio, salía para recoger su abrigo, su bufanda, su bloc de notas y a mí. Ya no tuve que pasar por el despacho del comisario.

El trayecto no transcurrió tal cual el inspector Reyes había vaticinado. Aunque yo estaba entusiasmado y dando gracias porque me hubiesen seleccionado para acompañarlo, no hice ni el más mínimo gesto ni pronuncié una palabra de más que pudiese delatarme, solo lo justo que dicta la cortesía.

Jaime Reyes permanecía en silencio mientras yo me moría de ganas de entablar conversación. Él era toda una institución en el cuerpo, se decía que sabía resolver un caso partiendo de una colilla, aunque de colillas debía de saber un rato, pues no había dejado de fumar desde que habíamos subido al Peugeot 307 de color gris que el departamento había puesto de forma permanente a su disposición.

Lo que yo sabía de él era lo que se comentaba en la comisaría y lo que Angelines, esa mujer menuda y pizpireta, que llevaba tantos años en el cuerpo que si se le preguntaba por el tiempo que llevaba trabajando en el departamento siempre respondía que ella había nacido ahí, me chismorreaba en plan confidencial. Que Jaime Reyes era uno de los mejores: sagaz e inteligente, metodoso, incansable y, sobre todo, ambicioso. Su carrera ascendía como un cohete, pero a raíz de la muerte de su mujer y su hijo hacía unos 15 años toda su ambición se desvaneció y, aunque seguía trabajando con el mismo interés, prefería permanecer en la sombra y con cuanta menos gente se relacionara, mejor. Se había convertido en un ser solitario.

Angelines y las mujeres más veteranas de la comisaría coincidían en que el inspector Reyes había sido todo un galán: alto, morenazo, con cara de pícaro, siempre vestido de manera impecable, pelo engominado con raya muy marcada. Zalamero con un toque de distinción. Era un hombre por el que todas suspiraban.

A mí, que todavía no había cruzado ni una sola palabra con él, me costaba entrever a ese donjuán que les hacía guiños a las mujeres y las volvía locas. Es cierto que todavía conservaba rasgos de algunas de aquellas cualidades: ni un gramo de grasa y una poderosa mata de pelo, pero su color negro ya había dado paso al gris y de vez en cuando algún mechón perdía su compostura. Los hombros tenían cierta tendencia a caer hacia delante dentro de la mal planchada camisa y algún agujero, por el quemazo de un descuidado cigarro, se dejaba ver en su abrigo. Era evidente que había perdido todo interés por su apariencia y se había transformado en un ser taciturno.

—Jefe, ¿qué ha pasado? ¿Se han cargado a alguien? —le pregunté por decir algo, obviamente yo ya lo sabía.

—Así que tú eres Manolito, «el novato» —dijo a modo de respuesta con voz pausada.

—Sí.

Podría haberme extendido más, pero preferí no hacerlo porque mi intuición y Angelines así me lo aconsejaron.

—Una mujer —dijo el inspector al cabo de un rato—. Parece que es un infarto, pero la vecina insiste en decir que la han matado. Ahora veremos si es una pérdida de tiempo o no —Y al cabo de un minuto continuó—. Aunque, si la testigo afirma que le parece raro que le haya dado un infarto, por algo será.

—Sí, jefe —me atreví a murmurar.

Y a partir de ahí, silencio sepulcral. Resultaba evidente que el inspector Reyes era un hombre de menos palabras que yo.

Tuvimos mucha suerte, porque desde el distrito de Hortaleza en el que nos encontrábamos y cogiendo la M-40, en veinte minutos nos plantamos en Los Cerezos. No sé si hubiese aguantado mucho más en el interior de ese vehículo envuelto en grises tinieblas; se hubiese podido cortar con un machete el humo que habían fabricado los ocho cigarrillos que conté, se había fumado el inspector. Con la calefacción al máximo y sin poder bajar la ventanilla, como él no la bajaba yo por respeto tampoco, la atmósfera ahí dentro era irrespirable. Recé a todos los santos de mi madre para no morir ni de asfixia ni de cáncer de pulmón. Me debieron de escuchar porque lo normal es que hubiésemos tardado más de media hora debido al tráfico de Madrid, que de por sí ya es un suplicio, pero, si añadimos las fechas navideñas, se convierte en un infierno.

La urbanización era un sitio muy cuidado. Habían plantado árboles por todas las calles y, aunque algunos por el frío estaban pelados, contrastaban con el césped perfectamente cortado de las parcelas y del campo de golf, que se encontraba justo en el centro. A pesar de las bajas temperaturas, se veían grupos de chavales con sus bicicletas y niñas saltando a la comba. Me acordé de mi madre, a ella le hubiese parecido el lugar ideal para mí, y no, como ella decía, el apartamento alquilado en ese barrio plagado de bares y gente de mal vivir que era la castiza Plaza de Santa Ana, donde yo me sentía en la gloria. Pero, probablemente, cualquiera de esas casas de Los Cerezos no hubiese podido pagarla ni en tres vidas.

Siguiendo las indicaciones de Google Maps enseguida encontramos el chalet al que nos dirigíamos y ya, desde el principio de la calle, distinguimos el coche patrulla. Era el único que había aparcado, por lo que dedujimos que aún no había llegado nadie más y que todos los habitantes poseían garaje.

Se trataba de un adosado grande de dos plantas rodeado de jardín privado. Toda la parcela se encontraba circundada por un seto de escasa altura y para acceder a la puerta de la vivienda tenías que andar unos veinte metros por unas traviesas de madera que hacían las veces de sendero.

Allí nos estaban esperando dos agentes uniformados junto con una señora, en evidente estado de agitación, que parecía no dar crédito a todo lo que estaba sucediendo. Jaime Reyes apagó el cigarrillo en un cenicero de bolsillo y se hizo cargo de la situación.

—Buenos días —saludó—. Somos el inspector Hernández y el inspector Fernández —Y miró de reojo a los dos policías haciendo, lo que me pareció, un guiño. Me quedé atónito, pero deduje que lo hizo porque no quería dar su verdadero nombre por si la testigo largaba más de lo necesario, de esa forma no podrían identificarlo—. Vamos dentro a echar un vistazo.

—¡Cómo los inspectores de Tintín! ¡Qué casualidad! —exclamó la mujer— A mi hijo le encantaban sus historias y se las comprábamos todas. ¿Las ha leído, inspector Hernández? A mí me gustaba mucho mirar los dibujos. De hecho, en casa tengo toda la colección. Mi hijo se casó y no se la quiso llevar y eso que, mire usted, yo le insisto porque para mí ocupa muchísimo sitio —y ella todavía nos estaría contando su vida si Reyes no la hubiese cortado en seco de una forma tan elegante.

—Mire, ¿señora...?

—Pilar, Pilar Torres —respondió ella expectante y sin parar de tocarse el pelo, recién salido de la peluquería.

—Mire, Pilar, necesito que se vaya usted a casa acompañada por los agentes, por supuesto, y que se tome algo así... como

una tila, porque después vamos a ir nosotros a que nos cuente todo lo que sabe. Su declaración puede ser de vital importancia y debe encontrarse lo más lúcida posible para ayudarnos a esclarecer los hechos. Usted puede ser una pieza clave —le explicó el inspector lentamente, sin apartar su mirada y haciéndola sentir importante, mientras ella no paraba de asentir con la cabeza.

—Usted no se preocupe que yo se lo voy a contar todo. A Carolina la han matado, de eso estoy segura. Una chica tan mona y tan simpática... De infarto, nada —sollozó.

—Ahora, espérenos tranquila que esto nos va a llevar su tiempo.

—¿Tendré que ir a comisaría a declarar? ¿Estaré mucho rato? He quedado con unas amigas para jugar a la canasta después de comer y, si no llego, las tengo que avisar porque no puedo dejar a mi compañera sin pareja.

—No se inquiete, que llegará a tiempo —la tranquilizó.

Y giró 180 grados para entrar en la casa; yo me puse detrás de él.

—Jefe, ¡qué bien se ha deshecho de ella!. Esa mujer nos hubiera tenido toda la mañana ahí fuera —le lisonjeé con una sonrisa. Pero él se paró en seco y se volvió hacia mí.

—No te equivoques, Manolito, todo lo que le he dicho es verdad. Esa mujer conocía a la víctima y se ve a la legua que es lista y espabilada. Si está en lo cierto, nos va a ser de mucha utilidad —me sermoneó.

—Si tiene usted razón, pero como la he visto tan parlanchina y, no sé, parece que no es muy mayor, pero si tiene un hijo casado que leía Tintín... ¿setenta, setenta y cinco años? —me disculpé.

—Bien pensado, porque su apariencia es la de alguien más joven, pero se nota que se cuida y se la ve muy activa. Y no olvides que sabe más el diablo por viejo que por diablo. Y esta mujer va a hacer lo imposible por contárnoslo todo. En fin, veamos qué ha

pasado aquí. Ponte los guantes —me recordó el protocolo— en las manos y los plásticos, en los pies.

## 2 CAROLINA

La casa era un santuario del buen gusto, muebles modernos salpicados de objetos antiguos. Cálida y acogedora. El decorador y la decoración habrían costado una fortuna. Colores blancos, grises y beis —Me vino a la cabeza mi compañera de Criminología; la misma que, cuando me sentí enamorado hasta la médula y parte del encéfalo, ya me estaba contando sus penas sobre otro. Ella aseguraba que utilizando esos tonos ya te habías convertido en un genio del interiorismo.

Nos dirigimos hacia el salón y allí, tumbado en el sofá, yacía recostado contra su lado izquierdo el cuerpo sin vida de una mujer. El brazo derecho extendido, en el dedo anular brillaba un anillo de diamantes con forma de camelia; el brazo izquierdo, escondido y flexionado, cubriéndose la garganta con la mano. El cabello castaño claro le tapaba el rostro. Llevaba puesto un ceñido vestido negro que mostraba un cuerpo delgado de precisas proporciones y unos zapatos de tacón del mismo color; en las suelas figuraba la inscripción, en letras doradas y en relieve, de Prada. Las cuentas de un collar de perlas rodaban entre el suelo y el sofá.

—Parece que hemos tenido suerte, somos los primeros en llegar y, si Pilar no ha tocado nada, el escenario está limpio —dijo Jaime como para sí. Y alzando más la voz y dirigiéndose a mí, preguntó—. ¿Qué notas raro? —Se encontraba escrutando el cadáver.

A mí no me apetecía mucho acercarme al cadáver —Aun-

que jamás lo confesaría abiertamente, los muertos eran lo único que no me gustaba de ser policía—, pero, sin que se diese cuenta, respiré hondo, me agaché y me puse a inspeccionarla intentando no tocar nada hasta que llegara la científica.

—¡Una uña! Jefe, le falta un trozo de uña —exclamé en señal de triunfo—. Lleva una manicura casi perfecta, pero la uña del dedo índice de la mano derecha está rota y se ve la carne. La mano izquierda está tapada por el pelo y prefiero no tocar —y continué—. Bueno, eso, y la sortija que lleva, ¡menudo pedrusco hay en el centro! ¡Ah! —proferí— y la lamparita que está en el suelo, el cable está roto. Yo diría que de tanto estirar acabó por romperse.

—Buenas observaciones —me felicitó mientras hacía una llamada para pedir refuerzos que analizaran el escenario—. Pero yo me refiero a que si no notas que los pies te queman y al mismo tiempo sientes un frío del carajo.

—Sí, pero las ventanas están abiertas y Madrid, en el mes de diciembre, no es precisamente el Caribe. Y la calefacción va por el suelo —le precisé.

—Y si tú estás tranquilamente en tu casa, con la calefacción al límite, ¿para qué abres las ventanas? —me lo preguntaba a mí, pero en realidad la interrogación se la estaba haciendo a sí mismo.

—Puede que las haya abierto la vecina. Ha entrado y por si acaso el olor...

—Si las ha abierto Pilar, ahora lo sabremos. Pero no habría sido por el olor. Este bonito cadáver aún presenta *rigor mortis* —me explicaba mientras le apartaba un poco el pelo— y todavía no ha comenzado el proceso de descomposición. Supongo que llevará muerta dos días, puede que tres, ya que con este frío todo se conserva mejor.

—Entonces, si no ha sido la vecina, puede que al encontrarse mal y empezar a sentir que se ahogaba, fuese corriendo a abrir las ventanas para tomar aire.

—¡Ah! ¡Que se ahogaba! Ya no es un infarto, porque en



un infarto lo que duele es el pecho. Así que, según tú, alguien se encuentra mal porque se está ahogando y se va corriendo a abrir todas las ventanas, en lugar de abrir una y quedarse ahí, intentando recuperar el aliento. ¿No sería más lógico llamar por teléfono a urgencias?

—Igual estaba comiendo y se atragantó, o ella solita se ha tomado algo... Además, parece que sí intentó llamar, jefe, la dirección del brazo extendido es hacia la mesita donde estaba la lamparita y donde hay un teléfono.

Continué varios minutos con mis explicaciones, pero la llegada del equipo de la científica nos interrumpió. Nos separamos del cadáver y fuimos a mirar las fotos que había situadas estratégicamente por la casa. En casi todas aparecía una chica castaña con reflejos dorados, y ambos coincidimos en que se trataba de Carolina. En una jugando al golf, en otra junto al mar, con amigos, con los que supusimos sus padres. En todas aparecía sonriendo; dos atractivos hoyuelos se marcaban en sus mejillas y unos alegres ojos color miel nos observaban desde los marcos.

—¡Qué chica tan guapa! —me atreví a comentar— Es verdad que parece mucho más joven. Bueno, a lo mejor las fotos tienen años y engañan.

—Y llena de vida... —me respondió Jaime— Y algunas son actuales; fíjate en esta que está con amigas, se ven al fondo los carteles de propaganda de las últimas elecciones; y ese, yo diría que es Albert Rivera —Hizo una pausa y se frotó el mentón—. Creo que Pilar tiene razón y a esta mujer no le ha dado un infarto —comentó.

Continuamos nuestra inspección y subimos al piso de arriba. Entramos en el dormitorio, grande y espacioso, presidido por una enorme foto en blanco y negro de una casa rodeada de pinos sobre un acantilado. La instantánea había sido tomada desde el mar, y parte de la espuma al chocar contra las rocas aparecía en la imagen.

Debajo de la ventana, dos gigantescas maletas; comprobamos que vacías. Encima de la cama, un bolso negro y rectangular con la inscripción Hermès. El cajón superior de la mesita de noche estaba abierto. Los dos juntamos nuestras cabezas para mirar en su interior. Apparentemente no había nada extraordinario: una botella de perfume de Narciso Rodríguez, unas pulseras, unas gafas de sol y el libro *La conjura de los necios*.

Abrimos los armarios y, a parte de un montón de ropa y zapatos caros dispuestos en un orden marcial, todo daba sensación de normalidad. Lo mismo ocurrió con el baño y el resto de la casa.

—O esta mujer era un desastre, que no parece viendo cómo está todo de cuidado, o alguien vino con mucha prisa a buscar algo que encontró —dijo Jaime en voz alta—. No parece lógico dejarse abierto el cajón de la mesita.

—¿Y qué opina de las maletas, jefe? ¿Acababa de llegar o se iba? Con el orden que hay aquí y el espacio que le sobra, seguro que no las tendría a la vista.

—Es posible que quien viniese a por ese algo tuviese mucha urgencia por llegar antes de que ella se marchase —musitó.

—Deberíamos echar un vistazo al bolso, a ver si está el móvil y nos da alguna pista —propuse.

—Sí, pero más tarde. Cuando tomen las huellas lo llevarán a comisaría y allí podremos verlo todo con más detenimiento. Ahora debemos hablar con la vecina.

Y cerró lentamente la puerta de la habitación.

—¿Quiere que le diga lo que pienso? —le pregunté mientras bajábamos las escaleras.

—¡Hombre!, Manolito, dímelo de una vez que lo llevo esperando toda la mañana —Y se quedó mirándome fijamente—. Te escucho.

—¡Ché!, pues —Me había puesto un poco nervioso.

— ¿*Ché*? — me interrumpió— ¿Eres de Valencia? —y soltó una carcajada.

—Sí, y a mucha honra. De un pueblo que se llama Paiporta, pero desde que estoy en Madrid intento decir *Ché* el menor número de veces posible —y también me reí.

—Tranquilo, hace muchos años tuve una novia valenciana y siempre lo decía. A mí me gustaba mucho aquella chica, pero, al final, me dejó por otro... *Ché*. Pero —continuó él—, cuéntame lo que ibas a decir que pensabas.

—Pienso que Carolina discutió con alguien, probablemente un varón, porque así vestida seguro que iba a salir; y uno de los dos, me inclino a pensar que fue ella, cogió la lamparita, que fue lo primero que encontró para defenderse, y ahí se le rompió la uña. La estaban estrangulando, se llevó las manos al cuello y acabó por arrancarse el collar. En el último momento estiró el brazo para coger el teléfono y pedir ayuda. Entonces, él subió al dormitorio, cogió lo que quería y se fue.

—Sí, algo así... Pero hay muchas lagunas. No se aprecian marcas en el cuello y cuando se estrangula a alguien, no tiene tiempo de tumbarse, estirar el brazo y llamar por teléfono. Aunque igual fue el asesino quien la colocó así —y prosiguió diciendo—. Falta saber día y hora de la muerte, pero en estas fechas la gente se arregla para salir y, sobre todo, está lo de las ventanas. ¿Para qué abrir las ventanas y la calefacción tan alta? Lo que tenemos hasta ahora es: una mujer muerta, sin hijos, y soltera o divorciada.

—Igual el marido está fuera.

—Manolito —dijo en tono fatigoso—, estamos en Navidad, fechas para estar en familia... Y aquí no hay nadie más. Ha sido la vecina la que se ha dado cuenta. Además, ¿has visto la foto de alguien que te haya dado la impresión de ser su pareja? Y niños, ¿has visto fotos de algún niño? —reflexionó— Pero, ciertamente, hay una cosa extraña: ningún familiar parece haberla echado de menos... Tendremos que ver si ha habido alguna denuncia por

desaparición, a lo mejor viven fuera... Anda —y poniendo en mi mano su cuaderno y su bolígrafo, me invitó con determinación—, toma buena nota de todo y no pierdas detalle. Vamos a hablar con la vecina que de bastante más nos vamos a enterar.

Y sacó un pitillo que se fumó en el trayecto de una casa a otra.

*Continuar leyendo...*



**COMPRAR**